

PERFIL BIOGRÁFICO

La beata María Dominga Mantovani, primogénita de cuatro hermanos, nació en Castelletto de Brenzone (Verona – Italia), el 12 de noviembre de 1862 de Giovanni Battista Mantovani y de Prudenza Zamperini. Fue bautizada el día siguiente, 13 de noviembre. Recibió la confirmación el 12 de octubre de 1870 y la primera comunión el 4 de noviembre de 1872.

Frecuentó con mucho provecho la escuela primaria, pero no pudo continuar sus estudios, a causa de la pobreza de su familia. Su poca cultura fue reemplazada en ella por hermosos dones de inteligencia, de voluntad y de mucho buen sentido práctico. Se demostró, desde niña, muy inclinada a la oración y a todo lo que se refería a Dios. A la base de tan profunda sensibilidad religiosa y cristiana y de tanta riqueza de gracia, destinada a desarrollarse y a manar una fulgente luz, estaba el testimonio de los padres y de sus familiares, gente simple, trabajadora, honesta y rica de fe.

Fuente privilegiada, de donde la beata alimentó mayormente su formación cristiana, fue el catecismo que, junto con las enseñanzas de la familia, cooperó a poner sólidos fundamentos sobre los cuales ella, avanzando en los años, , construyó su personalidad humana y cristiana. Casa, escuela e iglesia, fueron los lugares que modelaron su carácter desde su niñez y que dieron una precisa orientación a toda su vida.

Transcurrió toda su juventud, hasta los treinta años, en el seno de su propia familia. Creció sana en el espíritu y en el cuerpo, distinguiéndose siempre por su bondad, docilidad, transparencia de vida y singular piedad.

Desde muy joven se hizo apóstol de sus compañeras, que formaba a la virtud con buenas lecturas y, sobre todo, con los ejemplos de su vida.

La beata tenía 15 años cuando el beato José Nascimbeni llegó a Castelletto, al comienzo como maestro y cooperador (1877 – 1885) y, después, como párroco (1885 – 1922). Desde entonces él fue su guía espiritual fuerte e iluminada y ella su primera generosa colaboradora en las múltiples actividades parroquiales: era el alma de la juventud de todo el pueblo y era amada, escuchada y apreciada por todos los del lugar.

Se dedicaba con pasión a la enseñanza del catecismo a los niños y amaba con evangélica caridad, visitar y asistir a los pobres y a los enfermos.

Se inscribió a la “Pía Unión de las Hijas de María” y fue siempre fiel en la observancia de todas las prescripciones del Reglamento, volviéndose espejo y modelo para sus compañeras a las cuales, gozando plenamente de su confianza, lograba dar eficaces lecciones de vida.

Era diligente también en la dirección de la “Pía Unión de las Madres Cristianas”, en el compromiso de preparar a la mujer para la vida de familia y para su mayor compromiso en la educación de los hijos.

Intensamente animada por el amor hacia la Madre de Dios y confiando siempre en su ayuda, el 8 de diciembre de 1886 hizo el voto de perpetua virginidad en las manos de su director espiritual y párroco, padre José Nascimbeni.

Mirar a la Virgen Inmaculada fue el respiro de su alma; la intimidad con Jesús Cristo y la contemplación de la Sagrada Familia fue la fuerza de su vida.

Deseosa de consagrarse al Señor, conoció el designio de Dios sobre ella a través del beato Nascimbeni, que la quiso colaboradora suya en la fundación de la Congregación de las “Pequeñas Hermanas de la Sagrada Familia” (6 de noviembre de 1892): volviéndose así Cofundadora y primera Superiora General.

En las actividades parroquiales, como guía de las Hijas de María, en la dirección de las Madres cristianas y en el gobierno del instituto, madre María Dominga Mantovani fue de particular ayuda al Fundador, al cual quedó siempre muy unida, intérprete y ejecutora fiel de sus proyectos y deseos.

Ella dio una contribución importante en la elaboración de las Constituciones, inspiradas en la Regla de la tercera Orden Regular de San Francisco y en la formación de las Hermanas. Su colaboración, unida a un testimonio de vida intachable, contribuyó de manera determinante, al desarrollo y a la expansión del Instituto. Su obra sirvió a completar la del Fundador, imprimiendo en la espiritualidad de la familia religiosa las notas distintivas que han caracterizado su vida y su misión, en la Iglesia y en el mundo. La obra del Fundador, en la formación de las primeras hermanas según el carisma recibido del Espíritu Santo, se trenzaba con el de la Cofundadora y viceversa. La labor del Beato era intensa, fuerte, enérgica; la de Madre María Dominga era escondida, mansa y delicada, si bien era firme y sin debilidades. Enriquecida, además, por elocuentes ejemplos y por pacientes esperas.

En los escritos de la beata resaltan con claridad sus cualidades de madre amorosa y buena, de maestra sabia e iluminada, comprometida y, a veces, exigente para el verdadero bien.

Cuando el Fundador murió, ella, rica de virtudes y de gran sabiduría y prudencia, continuó a guiar el Instituto con fortaleza de espíritu, con un gran abandono en Dios y profundo sentido de responsabilidad, deseosa de transmitir a sus hijas las enseñanzas del Fundador, para que el verdadero espíritu de los orígenes fuera conservado y vivido integralmente.

Antes de morir tuvo la alegría de recibir la aprobación definitiva del Instituto y, “*ad septennium*”, de las Constituciones (1932), y también de ver que la obra continuaba por las 1200 hermanas, presentes en las 150 casas filiales, en Italia y en otros países, dedicadas a múltiples actividades apostólicas y caritativas.

Madre María Dominga, hasta el final de sus días, avanzó por los caminos de la santidad, dando prueba de todas las virtudes, especialmente de la humildad. La Virgen, mujer de la última hora, a la que confiadamente madre María Dominga dirigía su oración cotidiana e incesante, repitiendo *ahora y en la hora de nuestra muerte*, se hizo custodio de su última hora. En la fiesta del “Encuentro”, el 2 de febrero de 1934, la presentó al padre como una oblación agradable, como un sacrificio de suave perfume.

Fue beatificada por San Juan Pablo II, el 27 de abril de 2003.